

otras. Por lo tanto, es un elemento esencial tener presente las experiencias afectivo-sexuales que se han vivido para entender el proceso de socialización que se ha producido.

Desde la perspectiva de que el amor, el deseo y la atracción sexual son sociales, las relaciones y lo que ocurra en ellas depende de las personas, no del instinto, dotando de responsabilidad sobre sus acciones a las propias personas (Beck & Beck-Gernsheim, 1998). Nada sucede de manera inevitable siendo posible una transformación de las relaciones afectivo-sexuales a través de las interacciones y la intersubjetividad (Gómez, 2004, 2015), socializando en el deseo y la atracción hacia las personas no violentas (Aubert, Melgar y Padrós, 2010; Gómez, 2004, 2015). El carácter social del amor y la atracción permite que pueda prevenirse la violencia de género y que pueda superarse una vez se ha sufrido mediante la transformación del deseo.

## 2.2 Violencia 0 desde los 0 años. Lenguaje de la ética y lenguaje del deseo

La socialización es un proceso en el que se está inmerso desde que se nace. Por esta razón, no puede esperarse a que niños y niñas sean adolescentes para mostrarles que la violencia es algo inaceptable, además, no existe ninguna evidencia científica capaz de argumentar la necesidad de espera. Somos seres sociales y nuestra socialización comienza desde el momento en que nacemos. Por eso, se plantea la realización de una socialización preventiva de violencia que contemple violencia 0 desde los 0 años (Oliver, 2014).

Esta socialización preventiva de la violencia de género no supone solo condenar la violencia en las relaciones, implica también saber identificar los modelos violentos que están presentes en la sociedad para poder despojarlos de su atractivo (Valls, Puigvert y Duque, 2008). Se trata de vaciar de atractivo la violencia y dotar de atractivo la no violencia. Para ello es necesario identificar el lenguaje de la ética y el lenguaje del deseo (Flecha, 2008; Flecha & Puigvert, 2010) y fusionar bajo el mismo modelo de atractivo la igualdad y la pasión (Aubert, Melgar y Valls, 2011) desde la primera infancia (Oliver, 2014) Existe una forma diferenciada de definir la realidad que tienen chicos y chicas adolescentes y jóvenes por un lado, y por otro las familias y la escuela. Adolescentes y jóvenes se comunican a través del lenguaje del deseo, es decir, hablan en términos de atractivo: divertido, excitante, etc... Por el contrario, las familias y la escuela utilizan el lenguaje de la ética, describiendo la realidad en términos de «bueno» o «malo» (Flecha y Puigvert, 2010). En un contexto donde existe una socialización mayoritaria que promueve la atracción hacia la violencia si las interacciones se basan sólo en el lenguaje de la ética, el atractivo de los chicos violentos aumenta en detrimento del de los chicos igualitarios (Flecha & Puigvert, 2010). Por otro lado, se ha demostrado como ridiculizando actitudes violentas y dotando de atractivo aspectos como la solidaridad, la empatía, la seguridad y la amabilidad se provee de atractivo a aquellos chicos que representan estos valores, devaluando el atractivo de aquellos chicos que no lo hacen (Rodríguez, Ríos, Racionero & Macías, 2014). Así, pueden promoverse las relaciones igualitarias o de poder dependiendo de la naturaleza en que se base el diálogo (Portell & Pulido, 2012), siendo posible redirigir el atractivo a través de los actos comunicativos (Ríos y Christou, 2010).

La socialización en violencia 0 desde los 0 años pasa por tanto por socializar en el «rechazo a quien trata mal» y en «tratar bien a quien trata bien». La atracción a la violencia no sólo está presente en relaciones afectivo sexuales sino que también aparece en la elección de amistades, y en todas las relaciones sociales. A quién se elige como amigo a amiga, a quién se rechaza en el aula, a quién se «ríen las gracias», a quién se ignora en clase, etc. Desde los centros educativos es necesario trabajar estos elementos de socialización desde la participación de toda la comunidad (Oliver, Soler, & Flecha, 2009). Cuando hablamos de rechazar a quien trata mal no sólo nos referimos a relaciones afectivo-sexuales sino a todas las interacciones que se dan desde la primera infancia. Por ejemplo fomentar el hecho de que en clase podemos –si queremos– ser amigos y amigas de todas y todos los que nos tratan bien, pero no tenemos que serlo de quienes nos tratan mal sólo porque sean compañeras y compañeros de clase. Cuando alguien trata mal, esa actitud tiene que ser aislada y rechazada para socializar en el rechazo hacia quien agrede y para que quien cometió la agresión no vuelva a

repetirla. Tratar bien a quien trata bien, desear a quien trata bien, pasa también por socializar desde la primera infancia en a quién se elige para jugar, quién se considera divertido y quién aburrido. Evidentemente el papel del profesorado es esencial: reflexionar sobre si se ignora a quien se porta bien porque su comportamiento impecable lo hace pasar desapercibido o si, en cambio, son las personas valoradas en clase. No valoradas únicamente desde el lenguaje de la ética «qué bueno eres» y sí desde el lenguaje del deseo, por ejemplo por su «valentía». Reflexionar sobre si la persona «más conflictiva» del aula resulta la más «graciosa», «divertida» o es a quién se presta más atención.

Finalmente –pero no en último lugar precisamente– está el crear un ambiente de solidaridad en el que todas las personas se posicionen siempre a favor de la víctima y en contra de quién agrede. Un ambiente en el que no son únicamente niños y niñas individuales capaces de rechazar a quienes les tratan mal, sino que las y los compañeros les ayudan y defienden cuando son agredidos. Un ambiente en el que cuando un niño o niña valiente le dice a un profesor o profesora que ha habido una agresión; este profesor o profesora responde con una acción contundente contra la violencia y no trivializando el hecho o diciendo «son cosas de niñas».